

nó le dijo: «anda con Dios Magdaleno, no dejes de ser aplicado, que no he visto ningún caso como el tuyo, que en los cinco años de colegio no haya venido nadie de tu familia ni de fuera a interesarse por tí».

Fué médico por la relación con su amigo Jesusillo Sánchez-Mateos, recordado en esta obra, hermano de Bernardo el Sacristán. Hizo la carrera en el ambiente del Hospital General, ya citado al hacer su semblanza.

Cuenta que no se estableció en buenas condiciones, porque había cinco médicos más, muy acreditados, pero que por su afición a la cirugía hizo algunas cosas con buen resultado y logró tener pronto buena clientela y empezar sus ahorros para la vejez, en la que él reconoce que se necesitan y echa mucho de menos, «cariños, ternuras y afectos de los que yo carezco en absoluto», dice.

Este escrito tiene cincuenta cuartillas de letra apretada y en él anuncia otros cuadernos que no sabemos si fueron escritos, aunque sería igual, porque en realidad en este primero, no dejó por decir nada de lo que se proponía y le sobró mucho papel. El propósito fué pequeño y el autor resultó más empujado todavía. No parece él o él no era lo que parecía. El documento produce hondo pesar al ver a un hombre que pudo ser eminente absorbido y pendiente de las más pobres miserias que engendra el espíritu aldeano. ¡Qué lástima

de hombre, perdido por no tener a su lado la persona avisada que le hiciera ver que le convenía seguir pasando necesidad sin apartarse de la fuente de la sabiduría que tuvo a su lado!

La mezquindad a que se redujo su vida no quita valor a lo que pudo ser, a las condiciones que tenía, aunque se perdieran disueltas en el ambiente pueblerino y esas condiciones son las que se deben seguir admirando y exponiendo como ejemplo.

Debe agregarse que en los treinta y cuatro años que fué médico titular no pidió ninguna licencia ni hizo ningún viaje de recreo, cosa que lamentaba al percibir los desvíos en su decadencia. Antes, con la borracherilla del triunfo, no lo pudo prever.

Para el médico, decía, no hay descanso dominical ni ley de accidentes del trabajo. No lo decía a humo de pajas, porque él, que asistió todas las epidemias de su tiempo, tuvo varios percances infecciosos y no tuvo buena salud nunca, pese a su coraje.

Ahora que han recordado la vida del Hospital General D. Angel Pulido Martín y D. Eugenio Díaz Gómez, con su maestría insuperable, se ve más clara la honda huella que los maestros al estilo de D. Enrique Isla,—leones con alma de niño,—dejaron en D. Magdaleno, hecho a su imagen y semejanza y como ellos noble, brutal y fantástico.

SUCEDIDO

FACO Rincón, en los días buenos en que hasta él se encontraba despejado, sacaba una silla a la puerta de la Estación.

No sabía leer y trocaba la vista bastante hacia fuera y Caguillo le dejaba la pransa para enterarse, pero se la ponía vuelta y los consumistas, el portero e Ignacio Perra, que también escondía un poco un ojo, como les pasa a la mayoría de los Perras, se lo decían burlescamente: «Faco, que tienes las letras boca abajo». Y Faco montaba en cólera enseguida: «Toma, como me las ha puesto el borracho de José María». Y arrojaba el papel entrándose en su casa. Pero se le pasaba pronto y salía al momento con algunas de aquellas ideas deslumbrantes que le caracterizaban, como cuando le hizo la Joaquina las gachas sin pimentón y para que no careciera nunca de él, sembró un kilo en las regueras del Paseo, con la seguridad de una cosecha abundante.